

Quice días después, hacia las cinco de la tarde, se apeaba Huberto Liauran en la estación del Norte, de regreso de Londres. El Conde Scilly y la señora de Castel le esperaban. ¿Pero qué fué lo que él sintió cuando entre los rostros que se apiñaban á ambos lados de las puertas percibió el de Teresa? Habían convenido por cartas en que se verían la noche de aquel día, que era un martes, en el teatro Francés, en el palco de Teresa.

Ella, sin embargo, no había resistido al deseo de verle algunas horas antes; en sus ojos brillaba una emoción suprema, producida por la dicha de contemplarle y el sentimiento de no poder acercarse á él; no pudieron cambiar más que un saludo, que afortunadamente pasó desapercibido para la abuela. Teresa desapareció, y mientras el joven esperaba el suyo en la sala de equipajes, un involuntario movimiento de mal humor se manifestaba en él y

le hacía pensar que los dos viejos, de los que era tan amado, no debían haber ido á la estación. Aquella pequeña impresión de disgusto que le mostraba, en el momento de su regreso, el peso de la cadena de las ternuras de familia, se volvió á renovar tan pronto como se encontró delante de su madre.

Desde la primera mirada conoció que ella trataba de penetrar en su pensamiento, y, como no tenía costumbre de fingir, se creyó adivinado. Era que, en efecto, sus ojos habían cambiado como cambian los de una joven al convertirse en mujer, con uno de esos cambios imperceptibles, que consisten en una variedad de expresión. ¿Cómo había de engañarse la madre que desde hacía tantos años seguía los reflejos de aquellas negras pupilas, y que descubría entonces en ellas un fondo de felicidad embriagadora é insondable? Pero la pobre mujer no podía arriesgar una conversación sobre semejante asunto.

Los cambios, esos acontecimientos de la vida del corazón, escapan á todas las fórmulas del lenguaje, y á esto deben su origen los más peligrosos errores. Huberto estuvo muy contento durante la comida, con una alegría á la que daba aspecto de nerviosa la previsión de una próxima dificultad. ¿Cómo tomaría su

madre su salida de por la noche? No hacía aún media hora que habían abandonado la mesa, cuando se levantó con ademán de despedirse.

—¿Nos dejas?— dijo la señora de Liauran.

—Sí, mamá— contestó sonrojándose ligeramente; — Manuel Deroy me ha encargado una comisión urgentísima, que debo empezar á ejecutar esta misma noche...

—¿No puedes dejarla para mañana y consagrarnos la primera velada?— preguntó la señora de Castel, que quiso evitar á su hija la humillación de la negativa que había previsto.

—No por cierto, abuela— contestó él con tono de broma infantil; si así lo hiciese, no correspondería bien á mi amigo, que ha estado tan amable en Londres.

—Nos engaña— se dijo la señora de Liauran.

Y como desde la partida del joven habían quedado en silencio, que ninguno se atrevía á romper, la pobre madre escuchó con afán, á fin de cerciorarse de si la puerta de entrada del hotel se abriría pronto. Transcurrió media hora sin que oyese el ruido de ella. Estaba impaciente, y suplicó al General que fuese á la habitación del joven, con el pretexto de tomar un libro, á fin de saber si se había vesti-

do en traje de etiqueta. En efecto, se había vestido. Iba, pues, á casa de la señora de Sauve ó á alguna reunión donde esperaba volverla á ver. Esta fué la conclusión que sacó de aquel indicio la celosa madre, que por primera vez confesó al Conde sus largas inquietudes. El acento con que hablaba impidió á este último confesar á su vez la deuda que Huberto había contraído con él de 3.000 pesetas, gastadas, sin duda, en seguir á aquella mujer.

— Me ha engañado una vez más — exclamó la señora de Liauran, — él, que aborrecía la mentira. ¡Ah, cómo me lo ha cambiado!

La evidencia de la metamorfosis de carácter sufrida por su hijo empezó á torturarla desde aquel primer día, y esta tortura fué en aumento durante los siguientes. Se resistió, sin embargo, á admitir de repente que su querido, su cándido Huberto, fuese el amante de la señora de Sauve. No se resignaba con la idea de que hubiera podido hacerse culpable de una falta de tal gravedad, sin experimentar terribles remordimientos. ¡Le había educado en tan estrechos principios de religión! Ignoraba la virtuosísima señora que precisamente el primer cuidado de Teresa había sido adormecer todos los escrúpulos de conciencia de su joven amante, conduciéndole, por in-

sensibles grados, de la ternura tímida á la abrasadora pasión. Cogido en el lazo de aquella dulce trampa, Huberto no había pensado siquiera en examinar su vida desde hacía cinco meses, y la naturaleza se había hecho cómplice de la mujer amante. Podemos arrepentirnos de nuestros placeres; pero es difícil tener remordimientos de la dicha, y el joven era feliz, con una de esas felicidades tan absolutas que no ven ni aun los sufrimientos que causan.

Con el poder de su sufrimiento era, sin embargo, con lo que la señora de Liauran contaba, casi únicamente, en la campaña que había emprendido, ella, una pobre mujer que no sabía de la vida más que sus deberes, contra una criatura que se figuraba encantadora y fatal á la vez, hechicera y mortífera.

Había adoptado el sencillo sistema propio de todos los sentimientos tiernos de celos, que consiste en demostrar su pena. La pobre se decía: «Mi hijo verá que agonizo. ¿No bastará éso?» La desgracia estaba en que Huberto, embriagado por su pasión, no veía en la pena de su madre más que una tiránica injusticia para con una mujer que él consideraba como divina y para con un amor que creía sublime.

Cuando volvía del bosque de Bolonia, por

la mañana, después de haber montado á caballo y visto pasar á la señora de Sauve en su coche, arrastrado por dos jacas grises que ella misma guiaba, se encontraba, al subir á almorzar, con el perfil entristecido de su madre, y se decía: «No tiene derecho para estar triste. No la he robado nada de mi cariño.» El joven razonaba en lugar de sentir. Su madre le manifestaba su corazón ensangrentado por la aspereza del camino que recorría su espíritu, y él pasaba de lejos. Cuando se iba á comer fuera de casa, en el instante de su partida, el adiós de su madre le hacía presagiar que la señora de Liauran pasaría, pensando en él, una noche de melancolía, y se decía: «¡Si ella supiese que Teresa me reprocha por consagrar á nuestro amor tantas horas!»

Y era cierto. La querida tenía esa generosidad fácil en las mujeres que se saben inmensamente preferidas, y que se guardan bien de exigir al que las ama que obren como ellas desean. ¡Es tan delicado el placer de dejar á su amante libre y aun de animarle á que no se sacrifique por su amada cuando ésta está segura de cuál ha de ser su decisión! Sucedia con frecuencia que Huberto volvía al hotel de la calle de Vaneau después de haber tenido con Teresa una cita secreta, durante el día

(Manuel Derooy había puesto á disposición de su amigo una habitacioncita de soltero que conservaba en la avenida de Friedland). Pero entonces, bien fuera que la tristeza nerviosa de que se acompañan los vivos placeres le hiciese cruel, ó que secretos remordimientos le atormentasen, ó que el contraste fuese demasiado fuerte entre las formas encantadoras que tomaba la ternura de Teresa y las formas tristes que revestía la de la señora de Liauran, el joven parecía realmente ingrato.

La irritación aumentaba en él, en vez de aumentar la piedad, ante el sentimiento de aquella de quien era el hijo idolatrado. María Alicia se apercibía de estos bruscos cambios, y sufría mucho más aún por ellos, sin adivinar que el exceso de su dolor era una falta irreparable de conducta y que, en la imaginación de Huberto, se establecía una comparación altamente inmoral entre las severidades de la familia y las cariñosas delicias de la pasión satisfecha.

La madre, aniquilada por una continúa inquietud, se sentía sin fuerzas, cuando un acontecimiento inesperado, aunque fácil de prever, puso aún más de relieve el antagonismo que se había establecido entre ella y su hijo. Había empezado la Semana Santa. Ella

había contado con la confesión y la comunión de Huberto para intentar una tentativa suprema y decidirle á romper aquellas relaciones que aún juzgaba incompletamente culpables, pero muy peligrosas.

No podía caber en su cerebro de ferviente cristiana la idea de que su hijo faltase al deber pascual, y no tenía, por lo tanto, duda alguna sobre su respuesta al preguntarle en un momento en que estaban solos:

—¿Qué día cumplirás con la Iglesia este año?

—Mamá — contestó Huberto con sensible embarazo, — te ruego me perdones el pesar que voy á causarte; sin embargo, es preciso que te lo confiese: me asaltan ciertas dudas, y en conciencia creo que no debo acercarme á la santa mesa.

Aquella respuesta fué el relámpago que demostró de repente á María Alicia el abismo en que había caído su hijo, mientras que ella le creía solamente en el borde. La pobre mujer no dudó ya un momento acerca de la causa que había inducido á su hijo á imaginar aquel pretexto. ¿De dónde le habrían venido aquellas dudas religiosas, á él, que hacía tantos meses que no leía un periódico ni un libro? Por otra parte, conocía la sencillez de alma

del joven, motivada por la instrucción que ella misma había presidido. No; si no quería comulgar, era porque no quería confesarse. Le causaba horror confesar una falta inconcesable. ¿Cuál sino la que había sido la obra mala de aquellos seis meses?...

¡Adúltero! ¡Su hijo era adúltero! Palabra horrible y que le representaba, á ella, tan leal, tan pura y tan piadosa, la más repugnante de las bajezas, la ignominia de la mentira mezclada con las torpezas de la carne. En su indignación encontró la energía necesaria para abrir por fin todo su corazón á Huberto.

Le dirigió, trastornada como estaba por sus temores religiosos y por la salvación de aquel hijo amado, frases que nunca hubiera creído poder pronunciar, nombrando á la señora de Sauve, colmándola de los más duros reproches, acumulando sobre ella todo el desprecio que una mujer honrada puede sentir por otra que no lo es, invocando el recuerdo del tiempo, el trabajo y los sacrificios empleados en darle una educación tan distinta, amenazadora á la vez que suplicante, decidida por fin é incapaz de calcular las consecuencias de aquella escena.

— Te equivocas, mamá — contestó Huber-

to, que había sufrido aquel primer asalto sin pronunciar una palabra. — La señora de Sauve no es nada de lo que dices; pero como no puedo tolerar que se insulte á mis amigas delante de mí, te anuncio que á la primera conversación de ese género que volvamos á tener abandonaré esta casa...

Y con aquella respuesta, pronunciada con toda la sangre fría que le había dejado el sentimiento de la injusticia de su madre, salió de la habitación, sin añadir una sola palabra.

— Le ha pervertido el corazón, ha hecho de él un monstruo — decía la señora de Liauran á la señora de Castel, contándole aquella escena, que fué seguida de veinte días de silencio entre la madre y el hijo.

Este último se presentaba á almorzar, bebaba á su madre en la frente, la preguntaba por su salud, se sentaba á la mesa y no volvía á desplegar los labios. A la comida asistía pocas veces. Había confiado aquel disgusto, como confiaba todos sus pesares, á Teresa, la cual le suplicaba que cediese y no ocasionara disgustos á su madre.

— Hazlo — decía, — aun cuando no sea más que por mí. Es para mí muy cruel pensar que influyo en tu vida, siendo la causa de una mala acción tuya...

— ¡Noble amiga! — la decía el joven cubriéndola las manos de besos y anegándose bajo la mirada de aquellos ojos, tan dulces para él.

Como adoraba aún más á su querida por efecto de aquella generosidad, esto mismo era causa de que aumentase el rencor que las frases de su penosa querrela habían producido en él contra su madre. Ésta, á causa de aquellas dolorosas explicaciones, se había empeorado de su enfermedad nerviosa, si bien había ocultado á su hijo esta recrudescencia. Había llegado ésta, sin embargo, á adquirir tal intensidad, que la pobre señora de Liauran apenas podía moverse, lo que no era obstáculo para que por la noche, y á costa de atroces sufrimientos, se arrastrase hasta la ventana.

Abria las maderas con la precaución de un criminal y silenciosamente, á fin de espiar el momento de la vuelta de Huberto y ver iluminarse las ventanas del cuarto de éste; y aquella luz que se filtraba por una rendija, atestiguando la presencia del hijo tan querido y tan extraviado á la vez, moderaba, calmaba casi en absoluto su cólera, aunque á veces le producía accesos de desesperación. Gracias á la intercesión de la señora de Cas-

tel, que sufría entre aquellas dos hostilidades un doble martirio, se reconciliaron al fin.

La abuela obtuvo de la madre la promesa de que no se volvería á hablar más de la señora de Sauve, y del hijo las excusas por su silencio de tantos días. Empezó un nuevo periodo, en el que Maria Alicia trató de retener á Huberto en casa, modificando un poco el método de vida. Dispuesta á esperar aún en la desesperación, como sucede siempre que se siente en el corazón un apasionado deseo, se decía que la influencia de aquella mujer sobre su hijo se debería probablemente en gran parte á las distracciones que su sociedad le procuraba. ¿No era el hotel de la calle de Vaneau demasiado monótono para un joven desocupado?

Entonces comprendió que había sido muy imprudente cuando, por creer á Huberto de salud muy delicada y por su inmoderado deseo de retenerle constantemente á su lado, no le había dedicado á ninguna carrera.

Tuvo la candidez de decirse que era preciso alegrar un poco aquella soledad, y por primera vez después de su viudez dió grandes comidas. Las puertas del hotel se abrieron. Se encendieron las arañas, y la antigua vajilla de plata con las armas de los de Trans adornó

la mesa, alrededor de la cual se sentaron algunos antiguos amigos y algunas encantadoras jóvenes, tan elegantes y hermosas como ordinarias y feas eran las primas Trans. Pero Huberto, desde que amaba á Teresa, se había jurado, por una dulce exageración de fidelidad, no mirar á otra mujer más que á su amada.

Estaban en el mes de Mayo. Los días eran templados y hermosos. Su amada y él se habían dedicado á dar paseos por algunos de los bosques situados en las cercanías de París, Saint-Cloud, Chaville y el bosque de Marly.

Sentado en el comedor de la calle de Vaneau, Huberto se acordaba de la sonrisa de Teresa al ofrecerle una flor, de la alternativa producida sobre su frente por la luz del sol y por la sombra de los árboles, de la palidez de su rostro, de un gesto que había hecho y hasta de la huella de su pie en un sendero.

Si escuchaba la conversación era para comparar las sentenciosas frases de los convidados de la señora de Liauran con los chispeantes dichos de los convidados de la señora de Sauve. Las primeras abundaban en preocupaciones, patrimonio casi seguro de toda vida moral muy profunda. Los segundos estaban impregnados de esa gracia parisiense

de que el joven no percibía ya la triste y frívola vaciedad. Asistía, pues, á las comidas de su madre, dejando ver en la expresión de su rostro que su alma estaba en otra parte.

—¡Ah! ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?—sollozaba la señora de Liauran;—todos los fastidios y los malos humores para nosotros, y todos los dulces arrobamientos para esa mujer.

— Esperar — contestaba la señora de Castel.

¡Esperar! Es la última palabra de la prudencia; pero en la espera, el alma apasionada se consume dolorosamente.

Para María Alicia, cuya vida se había concentrado enteramente en su hijo, cada hora que pasaba era un suplicio que la hería cruelmente. La era imposible no entregarse sin cesar á esa escrupulosa é inquisitorial investigación del más pequeño detalle de que hasta los más nobles actos son víctimas.

Observaba cada nueva joya ó chuchería de las propias de su edad que su hijo llevaba, y se preguntaba si aquel objeto sería también algún recuerdo de su culpable amor. Le había visto en el dedo pequeño una sortija de oro que ella no le había regalado. ¡Ah! ¡Cuánto hubiese dado por saber si en ella había algu-

na fecha ó alguna palabra grabada en su interior!

Cuando abrazaba á su hijo respiraba un perfume desconocido para ella, y que era sin duda el que empleaba su amada. Siempre que la señora de Liauran respiraba aquel olor, de penetrante y voluptuosa finura, parecía que una mano la apretaba fuertemente el corazón. En fin, en el grado de susceptibilidad á que había llegado, todo debía herirla, y efectivamente la hería. Si veía sus ojos tristes y su semblante pálido, decía á la señora de Castel: «Ella me le matará.»

Había existido siempre en aquella casa, de costumbres sencillas, la de entregar en propia mano á la señora de Liauran todas las cartas que se recibían, y ella se encargaba de distribuirlas á los demás. Huberto no se atrevió á pedir á Fermin, el portero, que hiciese una infracción en su favor de aquella regla. ¿No hubiese sido necesario enterar á aquel criado del secreto de los disentimientos que le separaban de su madre? Ahora bien: su amada y él se escribían todos los días, aunque se hubieran visto, por efecto de esa prodigalidad de corazón de los nuevos amantes, que no saben de qué manera consagrarse más el uno al otro. Huberto conseguía con frecuencia

evitar que su madre viese aquellas cartas, conviniendo exactamente en la hora en que Teresa había de poner su cartita en el correo y apresurándose á salir de su casa ó entrar en ella á tiempo para tomar la correspondencia él mismo de manos del portero. Pero ocurría á menudo que la carta llegaba con retraso, y entonces pasaba por las manos de la señora de Liauran. Ésta no se engañaba nunca. Conocía la letra, la más odiosa para ella de cuantas había en el mundo.

También acostumbraba Teresa á dirigir al joven, en lugar de una carta, un despacho telefónico, y la sensación que experimentaba al pensar que el contenido de aquel papel había surgido una hora antes en la mente de la amada de su hijo era intolerable para la pobre madre. A fin de evitar á Huberto deshonrosas astucias, y de evitarse á sí misma tan horrible palpitación de corazón, tomó el partido de dar orden de que las cartas de su hijo se las entregaran á él directamente. Entonces dejó de percibir las únicas señales que tenía de la realidad de las relaciones del joven y de la señora de Sauve, y esto fué origen de nuevas esperanzas y por consiguiente de nuevas desilusiones.

En el mes de Julio, Huberto dejó de salir

por la tarde, y ella creyó que habían reñido; pero Jorge Liauran, al que había tomado por confidente de sus inquietudes, porque sabía que conocía á Teresa, la dijo que la amada de su hijo había salido para Trouville, y aquella decepción fué un nuevo golpe para ella. Es á la vez el privilegio y la desgracia de los organismos en que los nervios predominan, que los dolores, en vez de calmarse por la costumbre, se exageran y se exasperan infatigablemente. Los más pequeños detalles encierran en sí lo infinito del pesar, como una gota de agua contiene lo infinito de los cielos.